

la guerra de independencia de los estados unidos

José Cepeda Gómez



EDITORIAL
SINTESIS

LA GUERRA
DE INDEPENDENCIA
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Temas de Historia Moderna

Coordinador: ENRIQUE MARTÍNEZ RUIZ



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

José Cepeda Gómez



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

© José Cepeda Gómez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-312-0
Depósito Legal: M-239-2024

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
--------------------	---

PARTE I.

LAS TRECE COLONIAS Y EL CAMINO A LA INDEPENDENCIA

1. LAS TRECE COLONIAS BRITÁNICAS EN AMÉRICA DEL NORTE.	17
1.1. <i>Los asentamientos ingleses en las costas de América en los siglos XVII y XVIII</i>	17
1.2. <i>Virginia, Maryland y Massachusetts, las pioneras</i>	20
1.3. <i>La población en las Trece Colonias</i>	23
1.4. <i>La economía en las Trece Colonias</i>	25
1.4.1. <i>Nueva Inglaterra: maderas, barcos y comerciantes</i>	25
1.4.2. <i>La economía de las colonias del centro</i>	27
1.4.3. <i>La economía del sur</i>	28
1.5. <i>La cultura política y la educación en las Trece Colonias</i> .	28
2. LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1756-1763)	31
2.1. <i>Victoria inglesa, pero a muy alto precio</i>	31
2.2. <i>El prólogo americano a la guerra de los Siete Años: la guerra Franco-India</i>	35
2.3. <i>La participación de España en la guerra de los Siete Años</i>	38
3. CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS	41
3.1. <i>Reacción “continental” ante el desafío exterior</i>	41
3.1.1. <i>Proprietary colonies y corporate colonies</i>	42

3.1.2. Evolución poblacional y económica.....	43
3.1.3. La política fiscal de la madre patria.....	45
3.2. <i>Las leyes británicas que rechazaban los colonos</i>	46
3.2.1. Las primeras chispas de la rebelión.....	47
3.3. <i>El comienzo del fin: el Primer Congreso Continental (septiembre-octubre de 1774)</i>	50
3.4. <i>La herencia de la madre patria: bases doctrinales de los rebeldes</i>	54
3.5. <i>El sentido común de Thomas Paine y su impacto en América</i>	56
4. LOS PADRES FUNDADORES	59
4.1. <i>Un breve acercamiento biográfico</i>	59
4.1.1. George Washington (1732-1799).....	59
4.1.2. Benjamin Franklin (1706-1790).....	62
4.1.3. John Adams (1735-1826).....	64
4.1.4. Samuel Adams (1722-1803).....	66
4.1.5. James Duane (1733-1797).....	67
4.1.6. Joseph Galloway (1731-1803).....	68
4.1.7. Alexander Hamilton (1755-1804).....	69
4.1.8. Richard Henry Lee (1732-1794).....	71
4.1.9. Patrick Henry (1736-1799).....	72
4.1.10. John Jay (1745-1829).....	73
4.1.11. Thomas Jefferson (1743-1826).....	74
4.1.12. James Madison (1751-1836).....	76
4.2. <i>El Segundo Congreso Continental y su obra (mayo de 1775-marzo de 1781)</i>	78
4.2.1. Los nuevos soldados de la nación.....	78
4.2.2. El nacimiento del Continental Army.....	80
4.3. <i>El bautismo de los Estados Unidos: Filadelfia, julio de 1776</i>	82
5. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	85
5.1. <i>Etapas de la guerra de la Independencia</i>	85
5.1.1. Primeras campañas en la frontera canadiense y en Nueva Inglaterra (1775-1776).....	86
5.1.2. Victorias británicas en las colonias del centro: Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania (verano de 1776-otoño de 1777).....	92

5.1.3. Saratoga y la internacionalización de la guerra (octubre de 1777-primavera de 1780).....	95
5.1.4. Campañas finales en las colonias del sur. La victoria definitiva: Yorktown, octubre de 1781 ...	105
5.2. <i>Los tratados de París y Versalles</i> (septiembre de 1783).....	109

PARTE II.

ANÁLISIS Y CUESTIONES

SOBRE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

6. RAZONES DE LA DERROTA BRITÁNICA Y EL NUEVO MARCO ESTRATÉGICO ...	115
6.1. <i>La derrota británica</i>	115
6.2. <i>El marco estratégico: el papel del mar</i>	120
6.2.1. La hegemonía de la Royal Navy	120
6.2.2. Corsarios y <i>privateers</i>	121
6.2.3. El nacimiento de la Continental Navy.....	122
6.3. <i>El marco estratégico: guerra tradicional y “guerra asimétrica”</i>	124
6.3.1. Ejército regular y milicianos	124
6.3.2. Guerrilleros en la Revolución americana.....	126
6.3.3. Guerra asimétrica.....	131
7. HISTORIADORES FRENTE AL MITO	135
7.1. <i>¿Revolución o simple guerra de independencia?</i>	135
7.2. <i>La Constitución de los Estados Unidos</i>	138
7.3. <i>Una visión renovada de la primera de las “revoluciones atlánticas”</i>	140
7.4. <i>Mitos y leyendas fundacionales</i>	142
8. NUEVAS VISIONES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.....	145
8.1. <i>La historia social de la guerra de la Independencia</i>	145
8.2. <i>Los Padres Fundadores y la esclavitud</i>	147
8.3. <i>Guerra internacional, guerra civil, guerra “revolucionaria”</i>	149

8.4. <i>Nueva visión de la guerra de independencia de las Trece Colonias</i>	151
8.5. <i>Las mujeres en la Revolución americana. El ejemplo de Abigail Adams</i>	153
SELECCIÓN DE TEXTOS	157
LECTURAS COMPLEMENTARIAS	177
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	191

3

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS

La guerra de independencia contra los ingleses hizo surgir entre muchos colonos del norte de América un sentimiento nuevo: “Desde ahora, es preciso que todos nos sintamos americanos”, como dijo un representante de Carolina del Sur. Esta actitud cobra más valor si se tiene en cuenta que, hasta ese momento, las demás colonias no habían tenido un afecto especial a sus vecinos de Nueva Inglaterra ni se sentían particularmente identificadas con los habitantes de las “otras” colonias.

3.1. *Reacción “continental” ante el desafío exterior*

La política fiscal que impuso Londres para allegar recursos a su maltrecha Hacienda provocó, entre 1764 y 1775, graves incidentes, y anunciaba lo que llegaría después: motines callejeros, peleas contra soldados reales y reuniones de mensajeros de varias colonias para sumar fuerzas. Se dieron las primeras muestras de solidaridad intercolonial, cosa inconcebible años antes, ya que las Trece Colonias británicas en Norteamérica habían mantenido entre sí una absoluta separación desde la fundación de cada una de ellas.

La frase que acabó simbolizando ese sentimiento fue *E pluribus, unum*, que hoy sigue siendo el lema de la república de los Estados Unidos. Aunque ya había habido un precursor. En una fecha tan temprana como mayo de 1754, Benjamin Franklin había dibujado una serpiente cortada en trozos, con las iniciales de las colonias en cada uno de los pedazos. Se publicó en la *Pennsylvania Gazette*, con la leyenda “Join, or Die” (Divine *et al.*, 1987). Por aquel entonces, existía la creencia entre los colonos de que, si se unían los pedazos de una serpiente troceada antes de la puesta del sol, esta revivía.

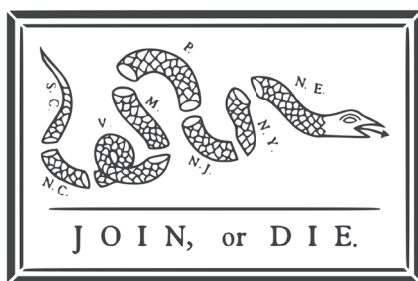


FIGURA 3.1. Caricatura política atribuida a Benjamin Franklin.

Fuente: Library of Congress, Washington D.C. 20540 USA

3.1.1. *Proprietary colonies y corporate colonies*

A lo largo de más de siglo y medio, los habitantes de Maryland, Nueva York, Pennsylvania, Virginia, Massachusetts, Nuevo Hampshire, Rhode Island, Connecticut, Nueva Jersey, Delaware, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia apenas se habían sentido unidos en nada. De hecho, hasta los años posteriores a la guerra de los Siete Años tenían muy pocas cosas en común. Conviene recordar que, al contrario de lo que sucedía en el Imperio español de América, las *British West Indies* eran diferentes en población, religión y estatus político en relación con Londres. Todas habían sido fundadas bajo la autorización de la Corona británica, pero su dependencia del soberano inglés variaba mucho entre unas y otras.

Las *proprietary colonies* fueron donaciones de tierras en forma de carta real o licencia para gobernar, entregada por el rey a individuos o grupos.

Fueron utilizadas para repoblar ciertas zonas a expensas de los “propietarios”. En ocasiones, la Corona pagaba así alguna deuda o concedía un favor a un alto personaje. La primera en seguir este sistema fue Maryland, en 1632. La colonia recibía el nombre del propietario, no el del rey, como es el caso de Pennsylvania, por William Penn. Los propietarios podían nombrar a todos los funcionarios, crear tribunales, escuchar apelaciones e indultar a los delincuentes, dictar leyes y decretos, levantar y mandar milicias, y establecer iglesias, puertos y ciudades. Los propietarios tenían la oportunidad de recuperar sus inversiones recaudando impuestos, que les pagaban los colonos que habían comprado tierras dentro de estas colonias.

Poco a poco, la presión de los colonos –y el interés de la Corona– provocó un cambio de situación y, salvo Maryland, Pennsylvania y Delaware, las demás colonias pasaron a ser de administración real: Virginia en 1624, Nuevo Hampshire en 1679, Nueva York en 1685, Massachusetts en 1690, Nueva Jersey en 1702, Carolina del Norte y Carolina del Sur en 1729, y Georgia en 1750. Por ello, en la década de 1770, cuando se iniciaron las tensiones que acabaron con la ruptura de los lazos entre Londres y los americanos, todos aquellos territorios eran ya formalmente gobernados “en nombre del rey”, aunque en las tres *proprietary colonies* (Maryland, Pennsylvania y Delaware) esta autoridad era ambigua, al igual que en Rhode Island y Connecticut, que eran *corporate colonies*. Tras la revolución, los herederos de los “propietarios fundadores”, los Calvert, los Penn y los Grandville, recibirían una compensación, aunque pequeña, por la “confiscación” de sus tierras.

Las *corporate colonies* eran compañías comerciales concesionarias de tierras en América y se gobernaban según la carta fundacional. El rey nombraba a un gobernador, pero los accionistas de la compañía tenían, por medio de su asamblea o legislatura, un enorme poder sobre los colonos.

3.1.2. Evolución poblacional y económica

Como ya se ha señalado, por esa historia independiente y particularista de cada una de las Trece Colonias, la propia estructura poblacional era muy diversa. No solo eran diferentes la presencia y la proporción de oriundos de Inglaterra sobre el total de colonos europeos en unas y otras colonias, sino que también los esclavos ya eran muchos más en el sur que en el norte. Incluso

diferían claramente las Iglesias. Ni siquiera existía un comercio importante entre las propias colonias (Bruchey, 1965).

El lugar de procedencia de muchos de los colonos fue cambiando significativamente. Si bien, hasta 1700, en su gran mayoría llegaban de Inglaterra, a lo largo del siglo XVIII fueron decenas de miles los alemanes, holandeses, escandinavos, irlandeses, escoceses, galeses, hugonotes franceses y suizos quienes arribaron a los puertos de Virginia, Georgia, Pennsylvania o Maryland. Este desembarco dejó en minoría a los oriundos de Inglaterra, aunque estos siguieron conservando un papel preponderante en la vida económica, social y política de las colonias.

La principal razón de este cambio cualitativo estaba, precisamente, en la actitud restrictiva que Londres comenzó a aplicar, acorde a las doctrinas poblacionistas y mercantilistas vigentes, que consideraban el aumento de población como una inequívoca muestra de vigor económico y salud política del Estado. De acuerdo a estas creencias, las autoridades pusieron trabas a la salida de las islas de gentes honradas, si bien enviaban a las colonias a todo tipo de indeseables a la Corona (vagos, pobres, disidentes religiosos, presos políticos). A esta fortísima corriente migratoria se unió otro factor positivo para el desarrollo demográfico de América del Norte: la sorprendentemente baja tasa de mortalidad de esas comunidades.

Todos estos factores hicieron que, a mediados del siglo XVIII, la economía colonial llegara a convertirse en una de las más ricas y productivas del mundo. Por lo demás, era notable el grado de autogobierno de que disfrutaban estas colonias, y la fiscalidad que gravaba a sus habitantes era menor que la soportada por los propios ingleses. Pero tal bienestar general no solo no evitó el conflicto con la metrópoli, sino que provocó, indirectamente, el enfrentamiento con Londres. Recordemos que era una sociedad fronteriza más igualitaria que la británica.

Además, aunque la tendencia secular de la economía de las Trece Colonias de Norteamérica fue notablemente positiva y alcista, la coyuntura en los años inmediatamente posteriores a la guerra que había terminado en 1763 era de decrecimiento y depresión económica; los privilegiados hombres de negocios vieron mermar sus beneficios y el pueblo llano perdió sus trabajos o sus pequeñas propiedades. Desde su perspectiva, el paraíso americano peligraba, y muchos inmigrantes se creían abocados a una vida semejante a la que dejaron en la triste Europa. Esta fue la principal razón por la que

la minoría privilegiada pudo contar con el apoyo de las masas en su enfrentamiento con la metrópoli.

3.1.3. La política fiscal de la madre patria

Por otro lado, la necesidad de hacer frente a los elevados gastos ocasionados por la contienda —que, desde Londres, se veía que había favorecido principalmente a los colonos—, y las propias doctrinas político-económicas imperantes llevaron a los Gobiernos británicos a adoptar en 1763 una serie de medidas fiscales que quebraron, definitivamente, el afecto de los habitantes de las colonias hacia la metrópoli. Muy especialmente el de quienes no eran oriundos de Inglaterra (que eran ya muy numerosos) y el de los británicos que habían sido llevados a la fuerza o habían llegado a América huyendo de la persecución política o religiosa. En quince años, se pasó de la disensión a la rebelión armada.

Con todo, aunque sin olvidar la recesión económica de los años sesenta, entre las causas de la revolución burguesa americana hay más temores de los gobernados ante un porvenir que creen que pondrá en peligro su actual prosperidad que quejas contra una ya padecida experiencia de injusticias y privaciones. Es mucho mayor la protesta de los privilegiados que el lamento de los oprimidos. Así, la mayoría de los líderes de la revuelta antibritánica pertenecían a clases bien acomodadas y no pretendieron en modo alguno subvertir un orden social en el que ya ocupaban, en las colonias, la cúspide: cuatro de cada cinco miembros de las asambleas locales en las que se tomaron las decisiones que llevaron a la independencia pertenecían a la burguesía adinerada y a los terratenientes, aunque solamente el diez por ciento de los colonos podría incluirse en dicha clase privilegiada.

Y, desde luego, fueron las decisiones de los ministros de Jorge III —y, en particular, de George Grenville, encargado de reorganizar el mundo colonial en la posguerra— las que provocaron el rechazo de los hasta entonces pacíficos colonos. Al pretender recuperar desde Londres el control político y económico de ultramar, los americanos creyeron que peligraban sus libertades y su prosperidad (Thomas, 1975). Para los gobernantes ingleses era imprescindible tratar de equilibrar el presupuesto: la deuda nacional superaba los 136 millones de libras, y, de las 70 000 que costaban la administración y la defensa de las colonias en 1748, Londres había pasado a gastar más de 350 000 en

1763. Parte de esa enorme cifra –que debía mantenerse parcialmente por el peligro indio (el jefe Pontiac había atacado en 1763 muchos pueblos y asentamientos en la zona del Niágara y los Grandes Lagos) y ante un hipotético deseo francés de reconquista– debería salir, en opinión de muchos parlamentarios, ministros, comerciantes y contribuyentes ingleses, de las arcas de quienes más se habían beneficiado: los colonos. Estos, además, debían comprar a los fabricantes ingleses los productos manufacturados con materias primas coloniales, según dictaban los cánones mercantilistas. En la clase política inglesa –fuesen *whigs* o *tories*– no había dudas de que el Parlamento tenía la supremacía para determinar qué era mejor para América. “Incluso Burke en su celebrado discurso (del 22 de marzo, en que apelaba a la conciliación) se refería repetidamente a ‘nuestras’ colonias” (McCullough, 2005, p. 7).

La reacción que suscitaron en América las leyes promulgadas por el Gobierno inglés –absolutamente habituales en la mayoría de los países europeos desde hacía siglos, pero inaceptables para un pueblo educado en la tradición británica– fue un claro aviso de lo que podía suceder si Londres no rectificaba: hubo tumultos, agresiones a soldados y, de manera mucho más significativa, se celebraron las primeras juntas de representantes de varios territorios, para aunar esfuerzos, en la primera muestra de colaboración intercolonial.

En octubre de 1765 se reunieron en Nueva York delegados de nueve de esas Trece Colonias para protestar por la Stamp Act, aunque aún en tono conciliatorio y sin que se trans luciera ningún deseo de independencia o desafío a la Corona. Y ahí empezó todo.

3.2. *Las leyes británicas que rechazaban los colonos*

El Gabinete Grenville comenzó por elevar los derechos aduaneros de ciertos productos, como el azúcar, el vino, el té, el café y los textiles (Sugar Act [Ley del Azúcar] de abril de 1764); exigió que todos los periódicos y documentos legales (escrituras, licencias matrimoniales, etc.) se escribieran o imprimieran en papel sellado, que debía comprarse en distribuidores oficiales (Stamp Act [Ley del Timbre] de marzo de 1765); ordenó el acantonamiento de diez mil soldados regulares en las colonias, cuyos gastos serían sufragados por los americanos (Quartering Act [Ley de Acuartelamiento] de mayo 1765), a la vez que se esforzaba para que sus medidas fiscales se cumplieren a rajatabla,

tratando de evitar que la venalidad y la tolerancia habituales de los administradores de aduanas hicieran inútiles sus órdenes: empleó patrullas navales frente al contrabando, transfirió la jurisdicción fiscal de jueces y jurados a tribunales militares del almirantazgo (Ubbelohde, 1960), y continuó la expedición de mandamientos de asistencia (*writs of assistance*) que facultaban a las autoridades a entrar en cualquier domicilio en busca de artículos ilegales.

3.2.1. Las primeras chispas de la rebelión

Pese a las protestas de los colonos y las advertencias de hombres como Benjamin Franklin (muy respetado en los círculos intelectuales y políticos ingleses, residente en Londres desde 1764 hasta 1775, y que hizo las veces de portavoz de los colonos), el Gobierno y la clase política británica no cedieron. Si bien es cierto que se derogó en febrero de 1766 la Stamp Act (contra la que también se habían alzado algunas voces inglesas en las Cámaras de los Comunes y de los Lores, como la de Edmund Burke o la del propio William Pitt), un mes después el Parlamento afirmaba, mediante la Declaratory Act, su plena soberanía sobre todas las colonias y su potestad para imponer tributos a sus habitantes.

El año siguiente serían gravados nuevos productos de importación (vidrio, plomo, papel, pinturas y el té) por las leyes tributarias del ministro Townshend (Townshend Revenue Acts de junio y julio de 1767). El clima general en su contra provocó nuevas asambleas de protesta, artículos de prensa contra la política de Londres (entre los que destacan las *Cartas de un granjero*, escritas por un rico propietario y admirador de los ingleses, John Dickinson) e incluso el boicot de muchos colonos a los productos metropolitanos (Barrow, 1967). La asamblea local de Massachusetts envió una circular a las otras colonias el 11 de febrero de 1768 para concitar esfuerzos contra estas medidas. Cuando parecía que dicho acto, claramente sedicioso, iba a pasar desapercibido, el gobernador real —azuzado por el secretario de Asuntos Americanos, lord Hillsborough— ordenó clausurar la asamblea, al negarse 92 de los 107 representantes a desdecirse de su alegato antibritánico.

Desde ese instante, aquellos 92 héroes de la libertad serían aclamados en las otras colonias (en Virginia comienza a destacar la figura del coronel de milicias George Washington, por entonces diputado por el condado de

Fairfax), mientras que varias de las asambleas fueron, asimismo, cerradas. La agitación antibritánica creció al mismo tiempo que se atisbaban ciertos deseos de mancomunar las acciones americanas. A estas alturas, aunque aún no estaban rotos del todo los lazos que unían la metrópoli con sus territorios ultramarinos, eran bastantes los colonos que habían visto erosionarse gravemente esos vínculos de afecto e interés, imprescindibles para el funcionamiento del pacto colonial (Reid, 1987).

Y la siguiente chispa surgió, como en tantas ocasiones en la historia, de un fútil incidente entre paisanos patriotas y soldados del rey, convenientemente magnificado por los partidarios de la ruptura. Las disputas con los casacas rojas –soldados profesionales al servicio de Jorge III– eran constantes. Es preciso advertir de que entre las clases populares y poco instruidas había menos odio o rechazo intelectual hacia lo que podían simbolizar esos mercenarios de su majestad, como defensores del Imperio británico u opresores de la libertad, que sentimientos de rivalidad en el mercado de trabajo. Ocasionalmente, y en particular en coyunturas de crisis, los casacas rojas eran competidores aventajados a la hora de encontrar ciertos empleos. Por ejemplo, se les contrataba, fuera de sus horas de servicio en el cuartel, como estibadores del puerto, debido a su fortaleza física, por delante de algunos paisanos.

Así se llega a la llamada Masacre de Boston del 5 de marzo de 1770; ese día los soldados repelieron con balas una agresión de piedras y bolas de nieve, y murieron cinco americanos, uno de ellos, por cierto, afroamericano, “Crispus Attucks, un antiguo esclavo de cuarenta y siete años y ascendencia nativa norteamericana y africana, que estaba en Boston de paso” (Hook, 2021, p. 22). Los articulistas y líderes más activos de la campaña antibritánica lo exageraron; se había vertido la sangre de los primeros mártires y había que explotar propagandísticamente los hechos. Pese a ello, meses más tarde volvió la calma a América de Norte.

Tras unos tranquilos años (1770-1773) en los que parecía que las colonias habían vuelto a aceptar el dominio de Londres sin problemas (provocando la desesperación de los americanos más radicales, que veían difuminarse sus proyectos de independencia), una decisión del Gobierno británico reanudó el conflicto y dio argumentos a los partidarios de la ruptura: la Tea Act (10 de mayo de 1773). La Compañía de las Indias Orientales (East India Company), acuciada por problemas de liquidez, obtuvo del Gobierno britá-

nico el monopolio de la venta de té en las colonias de América, y sus agentes desplazaron a los comerciantes autónomos.

Para el espíritu de los colonos, la decisión de Londres era inaceptable, y contra esa Ley del Té actuaron de diferentes maneras, sobre todo boicoteando el producto inglés. El radical Samuel Adams logró, en noviembre de 1772, en Boston, que se formase un comité de correspondencia cuya misión consistiría en mantener el contacto entre los colonos críticos con las decisiones que el Gobierno británico imponía en América y que se consideraban abusivas. En unos meses llegaron a crearse cerca de cien comités en Massachusetts y se empezaron a extender en otras colonias. En marzo de 1773 se creó un comité en Virginia, donde destacaron Thomas Jefferson y Patrick Henry. Al acabar el año de 1773, había comités de correspondencia en casi toda la América inglesa. De hecho, esos grupos de conspiradores fueron los responsables de extender por las Trece Colonias la idea de unidad “continental”. Y fue en estos comités, siguiendo una iniciativa de los neoyorquinos, donde nació la propuesta de convocar, en septiembre de 1774, el Primer Congreso Continental, con delegados de cada colonia. La práctica totalidad de los delegados pertenecían a alguno de aquellos comités de correspondencia.

Un momento clave en esta escalada de tensiones fue el famoso incidente del té de Boston, el 16 de diciembre de 1773, preparado por Samuel Adams. Disfrazados de indios, varios patriotas arrojaron al mar el cargamento de tres barcos de la Compañía: 343 cajas, valoradas en 10 000 libras (Greene y Pole, 1999).

Samuel Adams y sus amigos consiguieron plenamente su objetivo último: provocar una violenta reacción británica. El rey, el Gobierno de lord North y el Parlamento estaban ahora de acuerdo en que el reto debía aceptarse, y entre mayo y junio de 1774 fueron promulgadas en Londres las Coercive Acts –conocidas entre los americanos como “leyes intolerables”– que cerraban el puerto de Boston hasta que se pagase lo destruido por los denominados Hijos de la Libertad. Este era el nombre que habían empezado a darse desde 1765 muchos colonos radicales, organizados por Samuel Adams, que hicieron suyo un apelativo que les había dedicado el parlamentario Isaac Barré en la Cámara de los Comunes (Ammerman, 1974). El Gobierno británico también ordenó un cambio de las autoridades locales de Massachusetts, y nombró al duro general Thomas Gage como gobernador real, que pasó de Nueva York a Boston ordenando que se concentrasen en los alrededores de esta ciudad

cinco regimientos y varios navíos de la flota real británica. Prácticamente se “militarizaba” Massachusetts, y se autorizaba al ejército a ocupar y requisar, si era necesario, casas particulares deshabitadas.

Estas medidas, por sí solas, hubieran provocado tensiones. Pero, además, se aprobó en Londres muy poco después la Ley de Quebec (22 de junio de 1774), que permitía la expansión hacia el sur de los colonos canadienses, cortando el paso a la penetración de los colonos norteamericanos más allá de los Apalaches. El Gobierno de su majestad británica quería congraciarse –incluso con medidas favorecedoras para los católicos– con sus nuevos súbditos de origen francés, pero no calculó la ofensa inferida a los habitantes de las Trece Colonias. Estos creían que se castigaba no solo a la de Massachusetts, sino también a las doce restantes. Además, no debemos olvidar el factor del antipapismo, tan extendido entre muchos de los colonos protestantes (Langston, 2006). Por otra parte, a estas alturas lo que les había sucedido a los bostonianos empezaba sentirse como una ofensa propia por muchos colonos desde Virginia o Georgia hasta Connecticut o Nueva York. Recordemos la frase pronunciada por el representante de Carolina del Sur: “Desde ahora, es preciso que todos nos sintamos americanos”. Esta actitud cobra más valor si se tiene en cuenta que, hasta ese momento, las demás colonias no habían tenido un afecto especial a los vecinos de Nueva Inglaterra y menos aún a los estrados habitantes de Massachusetts. Ahora, en cambio, enviaron dinero y víveres para ayudar a los “castigados” hermanos, a la vez que meditaban sobre sus relaciones con Inglaterra.

Ante un desafío exterior, estaba naciendo un sentimiento nacional, continental.

3.3. *El comienzo del fin: el Primer Congreso Continental (septiembre-octubre de 1774)*

El 27 de mayo de 1774 varios representantes de la Asamblea de Virginia, pertenecientes al comité de correspondencia, reunidos en Williamsburg, proponen la reunión de un congreso de todas las colonias. Este Primer Congreso Continental estuvo reunido en Filadelfia entre el 5 de septiembre y el 22 de octubre de ese año, y contó con la presencia de 55 delegados de todos los territorios, excepto de Georgia, que, no obstante, apoyó las decisiones de los reunidos.

La asamblea tenía entre sus miembros a templados hacendados deseosos de que Londres rectificase y no diese argumentos a los radicales, pero también acudieron vehementes oradores que querían la ruptura con Inglaterra. Destacaron los siguientes; entre los conservadores, respetuosos a la Corona: John Jay y James Duane (de Nueva York) y Joseph Galloway (de Pennsylvania); de los moderados, movidos tanto por sentimientos de afecto como de crítica hacia la actitud de Inglaterra: George Washington y Peyton Randolph (ambos de Virginia), John Dickinson (de Pennsylvania) y los hermanos Edward y John Rutledge (de Carolina del Sur), y en el bando de los radicales, dispuestos a llegar a la ruptura: John y Samuel Adams (de Massachusetts), Thomas Jefferson (de Virginia), Christopher Gadsen (de Carolina del Sur) y Richard Henry Lee y Patrick Henry (de Virginia).

Fueron estos últimos quienes lograron imponer las tesis más tajantes, al conseguir que el Congreso Continental apoyase el 17 de septiembre de 1774 la Resolución de Suffolk (Suffolk Resolves). Este documento, redactado ocho días antes por los patricios locales del condado de Suffolk, en los alrededores de la capital de Massachusetts, fue transportado a Filadelfia por Paul Revere, uno de los primeros héroes norteamericanos, tras recorrer a caballo los cerca de quinientos kilómetros que separan Boston de la ciudad donde se hallaban reunidos los representantes de las colonias.

Se celebraron muchas otras reuniones, que redactaron sus consiguientes resoluciones, pero la más famosa —y mejor redactada, probablemente por Joseph Warren— es la que pronto se difundió por las colonias. Tras justificar los múltiples motivos, animaban a los colonos a no comprar productos ingleses, ni pagar impuestos, y a movilizar milicias. Pedían al Congreso Continental una declaración de apoyo y represalias económicas contra Gran Bretaña. Al final se decidió que las colonias se negarían a importar, exportar o consumir ningún producto procedente o destinado a Gran Bretaña. Para muchos historiadores se trata de un documento de enorme trascendencia y que decantó a muchos colonos por la ruptura con Gran Bretaña.

En Filadelfia (Pennsylvania) se decidió el apoyo a las reclamaciones de Boston (Massachusetts), pero ya con el amparo de todas las colonias. Se iniciaba el camino hacia la independencia de los “continentales”. Se redactó una Declaración de Derechos y Agravios, destinada al pueblo británico y a los colonos, pero también se envió una carta de peticiones al rey, inequívoca muestra de que los sentimientos eran aún confusos y las tesis independen-

CUADRO 3.1. Leyes británicas y reacción colonial en vísperas de la independencia

Nombre y fecha	Fin buscado	Reacción en América
<i>Sugar Act.</i> (5/abril/1764) (Su nombre oficial era Ley de Ingresos: <i>Revenue Act</i>).	Gravar azúcar, té, vino, seda, lino y otros productos muy consumidos por los colonos.	Protestas
<i>Declaratory Act.</i> (18/marzo/1766) (Ley Declaratoria).	El Parlamento británico, al tiempo que deroga la <i>Stamp Act</i> , hace constar su derecho a "obligar a las colonias en cualquier caso" y a imponerles tributos.	Al coincidir con la derogación de la <i>Stamp Act</i> , apenas fue percibido el alcance de la declaración de Londres.
<i>Quartering Act.</i> (mayo/1765) (Ley de Acuartelamiento).	Los colonos deben mantener y alojar a los 10 000 soldados que Londres destaca en América.	Protestas y reuniones de asambleas.
<i>Stamp Act.</i> (22/marzo/1765) (Ley del Timbre). (Fue derogada por el Parlamento el 18 de marzo de 1766, ante la gravedad de los tumultos).	Los periódicos, impresos, documentos jurídicos, facturas comerciales, contratos matrimoniales, etc., debían llevar un timbre o sello que había de comprarse.	Graves motines en numerosas ciudades, ataques a los expendedores de los sellos. Se reúnen en Nueva York representantes de nueve colonias: <i>Stamp Act Congress</i> .

[.../...]